

# Entre Zoopedia y Antrozología: el *Fisiólogo* atribuido a san Epifanio y el *Tesoro* de Covarrubias

## *Between Zoopedia and Anthrozoology: The Physiologus Attributed to Saint Epiphanius and the Tesoro of Covarrubias*

---

RICARDO PIÑERO MORAL

Departamento de Economía  
Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales  
Universidad de Navarra  
Pamplona, 31009  
rpmoral@unav.es  
<https://orcid.org/0000-0002-7251-8066>

RECIBIDO: 9 DE ENERO DE 2024  
ACEPTADO: 28 DE FEBRERO DE 2024

**Resumen:** Entre los animales que habitan el mundo está el propio ser humano, naturalmente. Como el deseo de conocimiento y la búsqueda de sentido es algo natural en nosotros, el *Fisiólogo* arrancó hace siglos como una tarea que solo podría ser completada con el empeño de todos. Del mismo modo podríamos pensar que la misión de dar a conocer y esclarecer el sentido del mundo a través del significado de las palabras va mucho más allá de un mero intento personal cuya tarea es ya, de suyo, tan inabarcable y compleja que excede cualquier proyecto individual. Y es así. Enseñarlo todo a través de palabras es un reto mayor que la búsqueda de un tesoro sin mapa. Por eso Covarrubias, en vez de buscar ese tesoro, lo construyó.

**Palabras clave:** Bestiario. Zooantropología. *Fisiólogo*. San Epifanio. Covarrubias.

**Abstract:** Among the animals that inhabit the world is the human being himself, naturally. Since the desire for knowledge and the search for meaning is something natural in us, the *Physiologus* started centuries ago as a task that could only be completed with everyone's efforts. In the same way, we could think that the mission of making known and clarifying the meaning of the world through the meaning of words goes far beyond a mere personal attempt whose task is already, in itself, so unfathomable and complex that it exceeds any individual project. And it is like that. Teaching everything through words is a greater challenge than searching for a treasure without a map. That's why Covarrubias, instead of looking for such a treasure, built one.

**Keywords:** Bestiary. Zooanthropology. *Physiologus*. Saint Epiphanius. Covarrubias.

## ANTROZOOLOGÍA CULTURAL

¿Qué hubiera pensado Gonzalo Ponce de León si, tras haber hecho la edición y traducción anotada del *Fisiólogo* atribuido a san Epifanio (publicado en Roma a finales del siglo XVI) una universidad de prestigio le hubiera propuesto liderar un postgrado de 37 créditos ECTS en Antrozooología? Desde luego esa era una ciencia nominalmente desconocida en su época, pero que, en la actualidad, se ofrece hasta en nuestro país como un título universitario –Diploma de Postgrado en Antrozooología–, con el consiguiente respaldo de la comunidad científica y el aval de un Departamento, en este caso el de Psiquiatría y Medicina Legal de una universidad española. Y si estos estudios han tomado cuerpo en España, ¿qué podríamos decir de otras universidades del ámbito anglosajón, como la británica de Exeter o la de Windsor en Ontario o decenas en Estados Unidos, además, claro está, de la constitución de la *International Society of Anthrozoology* (ISAZ), cuyos orígenes podríamos rastrear ya al comienzo de la década de los 90 del siglo pasado; o el *Institute Animals and Society*. El núcleo esencial de la antrozooología actual y el remoto *Fisiólogo* es el mismo: el conocimiento de los animales y de las interacciones de los seres humanos con ellos.

A veces nos parece que todo lo presente es original, novedoso, creemos que todas nuestras ocurrencias son realidades para estrenar, pero no es así. Por ejemplo, cuando Howard Cunningham inventó el concepto *wiki* no solo pretendía responder con eficacia y rapidez a una especie de deseo de conocimiento, sino que tuvo a bien recordarnos –esto, desde luego, no lo inventó– que la construcción del saber es una tarea colaborativa. Si hay un empeño comunitario en la historia cultural de la humanidad es el intento de entender nuestro mundo conociendo los animales que lo habitan, es el de la construcción del llamado «bestiario» que va desde las vitelas hasta los píxeles de *final fantasy*.

No podemos olvidar que entre los animales que habitan el mundo está el propio ser humano. Y por eso, como ese deseo de conocimiento, esa búsqueda de sentido es algo natural en nosotros, el autor del *Fisiólogo* arrancó hace cientos de años como una tarea que sólo podría ser completada con el empeño de todos.<sup>1</sup>

Del mismo modo podríamos pensar que la misión de dar a conocer y esclarecer el sentido del mundo a través del significado de las palabras va mucho

---

1. Salvo indicación expresa, citaremos el *Fisiólogo* por la edición de 1986, con la sigla FSE y el número de página.

más allá de un mero intento personal cuya tarea es ya, de suyo, tan inabarcable y compleja que excede cualquier proyecto individual. Y es así. Enseñarlo todo a través de palabras es un reto mayor que la búsqueda de un tesoro sin mapa. Por eso, Covarrubias, en vez de buscar ese tesoro, lo construyó;<sup>2</sup> y lo hizo sobre hallazgos y excavaciones de otros (alude expresamente a Jean Pallet [1604], a Jean Nicot [1601] o al *Thesaurus temporum* de Josefo Scalígero [1606]); y, a su vez, él mismo cimentó con su obra edificaciones futuras.

En otros lugares ya nos hemos referido al bestiario como un ejercicio de experiencia imaginaria (véase Piñero 2003), donde el perfil de la experiencia no quiere sino indicar que estamos ante un tipo de conocimiento adquirido por el uso o la vida misma; y el de lo imaginario remite no a lo falso o lo inventado, sino más bien a lo conformado, a lo que es fruto de una configuración a través de imágenes. Así pues, cuando somos conscientes de estar ante un ámbito en el que se unen la experiencia cultural y la científica, la representación natural de los animales y la expresión plástica subjetiva de sus características objetivas, hemos de ser capaces de valorar el hecho de que la historia cultural de los animales también puede ser tratada desde una perspectiva científica.

En los últimos tiempos este enfoque de los estudios zoológicos en los que se combinan ciencia y cultura gozan de una presencia notable: congresos internacionales, revistas especializadas, títulos universitarios, etc. En 2007, apareció lo que podríamos denominar una de las primeras enciclopedias contemporáneas sobre esta materia que nos ocupa *A Cultural History of Animals*, que cubre en seis volúmenes un periodo de 4500 años, pasando revista en profundidad a las relaciones entre los animales y los humanos. Cada entrega explora temas fundamentales: lo sagrado y lo simbólico (el papel del tótem,<sup>3</sup> los diferentes ritos y sacrificios, creencias populares...), la caza, la domesticación (analizando aspectos como la reproducción, su empleo como fuerza de trabajo o como compañía...), su relación con el entretenimiento y la exhibición (zoológicos, circos, incluso carnavales...), la investigación científica (colecciones, museos, experimentación...), las ideas filosóficas y, obviamente no podría faltar, la presencia en las artes y los diferentes modos de representación plástica. Sin entrar a discutir el detalle de la división cronológica y más allá del interés, digamos, arqueológico de recorrer la Edad Antigua (2500 a. C.-1000 d. C.), la

2. En este trabajo refero siempre al *Tesoro* de Covarrubias por la edición Arellano y Zafra (2006), indicando en versalita la entrada en esta edición.

3. Este aspecto es crucial porque, como señala Juan Eduardo Cirlot, «los orígenes del simbolismo animalístico se relacionan estrechamente con el totemismo y la zoolatría» (1997, 77).

Media (1000-1400), el Renacimiento (1400-1600), la Ilustración (1600-1800), o la denominada Edad del Imperio (1800-1920; estos británicos son como son), el volumen sexto, dedicado a la época contemporánea (1920-2000), incluye una muy interesante discusión sobre asuntos éticos y zootológicos,<sup>4</sup> que persisten en obras tan recientes como la *Anthrozoology* de Michael Charles Tobias y Jane Gray Morrison (2017), que intenta dar claves para entender el Antropoceno en el que vivimos.

#### HACIA EL HORIZONTE DEL SENTIDO

De todos modos, más allá del presentismo que a veces nos devora a los académicos y nos impide pensar, lo cierto es que, para abordar el estudio del impacto de los animales en el ser humano, el bestiario sigue siendo, quizá, la fuente más fecunda y accesible, aunque desde luego no resulte la única ni siquiera para la propia Edad Media (véase Muratova 1984). El periodo que va desde que Plinio escribe su *Naturalis historia* hasta el final de la época medieval, en la que se abren las puertas de la Edad Moderna, refleja un panorama poliédrico en el que lo simbólico, lo descriptivo y lo afectivo se funden. La religión resulta un factor de un valor incuestionable. Si la obviamos, muchos de los criterios que dan sentido a la investigación que se hace en esa acotación histórica, a la filosofía que se piensa, a la cultura en la que se vive, se nos escaparían entre los dedos de las manos como si fuera agua. En Europa occidental, no es necesario recordarlo, la religión más extendida, aunque no fuera la única, era, sin duda, el cristianismo; mientras que en el norte de África y el Medio Oriente se constataba una mayor presencia del Islam. La religión judía se encontraba en casi todos los ámbitos geográficos, viviendo entre cristianos y musulmanes, unas veces tolerada, y otras perseguida violentamente. Más allá de algunos incidentes que manifiestan tensiones entre los distintos credos, el hecho es que las tres grandes religiones muestran ciertas relaciones, y compartieron un buen número de textos espirituales e históricos, en particular, aquellos que procedían de la tradición hebrea (denominada por los cristianos el Antiguo Testamento), en la que se contienen innumerables referencias a animales que manifiestan una clara vinculación con lo sagrado (véase French/Cunningham 1996) y cuya relación con los seres humanos está protocolizada.

---

4. Para la prehistoria de la historia cultural de los animales, véase Morgado García 2011.

La creencia cristiana, admitida normalmente sin reservas, era que el mundo natural era un mundo creado, un mundo salido de la palabra de Dios, que había «escrito» todo un «Libro de la Naturaleza», bien conformado, con una estructura firme y clara, y cuyo fin, entre otros posibles, era el de posibilitar la instrucción de la humanidad. Esta idea de una creación pedagógica se apoyaba en algunos pasajes de la Escritura como, por ejemplo, estos versículos del libro de Job: «Interroga a las bestias, y te instruirán, a los pájaros del cielo, y te informarán, a los reptiles de la tierra, y te enseñarán. ¿Quién no sabe, entre todos ellos, que todo esto lo hizo la mano del Señor? Él tiene en su mano la vida de todo viviente y el espíritu de todo ser humano» (12,7-10).

La creación de los animales con determinadas características responde a un proyecto, no es fruto del azar ni se produce accidentalmente; nada tiene que ver en ello la casualidad. Más bien, han sido creados por Dios de ese modo, con esa particular configuración, para que puedan ser empleados como *exempla*, es decir, como modelos de una conducta ajustada a la ley natural, también escrita, aunque tal vez con tinta menos visible, por Dios mismo. Además, ese carácter modélico –positivo o negativo– servirá para reforzar o recalcar las enseñanzas que proceden de los textos bíblicos.

No es necesario que repasemos demasiados ejemplos para comprobar esta hipótesis. Así, cuando el pelícano revive sus polluelos muertos después de tres días con su propia sangre, se nos recuerda el hecho de que Cristo «revivió/redimió» a la humanidad con su sangre, después de tres días en el sepulcro. La manera en que las crías de la abubilla cuidan a sus padres entrados ya en edad madura muestra cómo deben cuidar a los suyos los seres humanos. El hecho de que las palomas se encuentran a salvo de su enemigo, el dragón, mientras permanecen firmes en el refugio del árbol de peridexion nos hace ver cómo los cristianos estarán protegidos de su enemigo, Satanás, mientras se queden en el refugio de la Iglesia. Cuando el águila rechaza a todos aquellos de sus polluelos que son incapaces de mirar fijamente al sol deslumbrante, ejemplifica cómo Dios rechazará a los pecadores que no puedan llevar la luz divina en su interior. Toda la creación refleja al Creador, y, por esa razón, podemos investigar la insondable naturaleza del Creador examinando con detenimiento la creación.

El enfoque estrictamente zoológico no es una novedad que podamos atribuir a la Modernidad. Muchos siglos antes de la Edad Media ya se habían escrito textos con un interés científico, pero será el cristianismo medieval el que añadirá a las historias naturales otros factores de interpretación, además

de las características formales ya descritas por la literatura animalística, y potenciará el papel de los animales como auténticas alegorías religiosas vivientes. A partir de este momento su potencial estético se desplegará exponencialmente, tanto desde el punto de vista formal como desde el simbólico.

Existe un acuerdo sobre el hecho de que el primer texto conocido que ejecuta esta transformación es el *Physiologus*, escrito en griego en Alejandría en torno al siglo II o III de la era cristiana (véase Henkel 1976). En realidad, es una colección de relatos que podríamos caracterizar como explícitamente cristiana; en ellos se describe brevemente un animal, y se le añade una interpretación alegórica que se apoya o bien en aspectos fisio-formales del propio animal o bien en rasgos de su comportamiento. El *Physiologus* tuvo una difusión muy amplia que le granjeó un éxito prácticamente sin precedentes, pues fue traducido a la inmensa mayoría de las lenguas europeas y de Asia occidental.

En esta microhistoria son un hito notable las *Etymologiae* de Isidoro de Sevilla, una especie de enciclopedia que dedica una parte importante a los animales, y que se basa en los libros de escritores relevantes para la tradición antigua como Plinio el Viejo. Cuando el *Physiologus* se combinó con las *Etymologiae* y algunos otros textos, nació el tipo de libro conocido como «bestiario».

Desde un primer momento, los manuscritos de los bestiarios fueron ilustrados, algunas veces con gran riqueza plástica, como por ejemplo el *Harley Bestiary* o el *Bestiario de Aberdeen* y otras de manera más austera. En cualquier caso, las imágenes sirvieron de código lingüístico visual para el público que no sabía leer, aunque sí que conocían las historias que se contaban en esas imágenes. Los clérigos y los frailes predicadores las empleaban a menudo en los sermones, sabiendo que los feligreses recordarían, de este modo, mucho mejor las enseñanzas morales al ver las bestias retratadas o esculpidas. Uno podía toparse por todas partes con las ideas del bestiario, con el sentido del mundo y de la vida que las bestias desvelaban. Aparecían no solo en los propios pergaminos de los bestiarios, sino también en manuscritos de casi cualquier otro tipo; en iglesias y monasterios, tallados en piedra en pórticos y claustros, y en madera en las misericordias de los coros catedralicios, y sobre cualquier otro mobiliario; pintadas sobre paredes y en mosaicos, tejidas en tapices fastuosos...

Aun así, no podemos dejar de reconocer que esta exuberancia en el tratamiento plástico de los animales no era del gusto de todos. Algunos intelectuales de gran peso preferían una estética más austera y comedida; san Bernardo de Claraval, por ejemplo, escribiendo al abad Guillermo de San Thierry, en su *Apología* de 1127, afirma:

*Caeterum in claustris coram legentibus fratribus quid facit illa ridicula monstruositas, mira quaedam deformis formositas, ac formosa deformitas? Quid ibi immundae simiae? quid feri leones? quid monstruosi centauri? quid semibomines? quid maculosae tigrides? quid milites pugnantes? quid venatores tubicinantés? Videas sub uno capite multa corpora, et rursus in uno corpore capita multa. Cernitur hinc in quadrupede cauda serpentis, illinc in pisce caput quadrupedis. Ibi bestia praefert equum, capram trahens retro dimidiam; hic cornutum animal equum gestat posterius. Tam multa denique, tamque mira diversarum formarum ubique varietas apparet, ut magis legere libeat in marmoribus quam in codicibus, totumque diem occupare singula ista mirando, quam in lege Dei meditando. Proh Deo! si non pudet ineptiarum, cur vel non piget expensarum? (PL 182, 915D-916B)<sup>5</sup>*

Esa es la cuestión: somos tentados a leer en la piedra más que en nuestros libros, y gastar cantidades ingentes de dinero, en vez de meditar la ley de Dios, y a emplear todo el día en estas cosas vanas. Las ilustraciones de los animales en la Edad Media, y no solo en ella, no eran por lo general muy realistas; en muchos de los casos hay que ser conscientes de que el artista jamás había podido ver por sí mismo un ejemplar de la bestia que debía representar, y no digamos si el animal que había que pintar o esculpir era necesariamente imposible de ver por ser fruto de la fantasía. En todo caso, no debemos olvidar que «la preocupación por delimitar el concepto de *fantástico* frente a otros como *mágico*, *maravilloso* o *extraño* es una inquietud moderna» (Malaxecheverría 2000, 25).

De este modo, algunos de los más brillantes ilustradores europeos medievales y renacentistas describieron el cocodrilo como una especie de perro brutal (Museo Meermanno, MMW, 10 25 de B, f. 12v); la ballena como un pez

---

5. *Apologia* 12.29. «Pero en los capiteles de los claustros, donde los hermanos hacen su lectura, ¿qué razón de ser tienen tantos monstruos ridículos, tanta belleza deforme y tanta deformidad artística? Esos monos inmundos, esos fieros leones, esos horribles centauros, esas representaciones y carátulas con cuerpos de animal y caras de hombres, esos tigres con pintas, esos soldados combatiendo, esos cazadores con bocinas... Podrás también encontrar muchos cuerpos humanos colgados de una sola cabeza, y un solo tronco para varias cabezas. Aquí un cuadrúpedo con cola de serpiente, allí un pez con cabeza de cuadrúpedo, o una bestia con delanteros de caballo y sus cuartos traseros de cabra montaraz. O aquel otro bicho con cuernos en la cabeza y forma de caballo en la otra mitad de su cuerpo. Por todas partes aparece tan grande y prodigiosa variedad de los más diversos caprichos, que a los monjes más les agrada leer en los mármoles que en los códices, y pasarse todo el día admirando tanto detalle sin meditar en la ley de Dios. ¡Ay Dios mío! Ya que nos hacemos insensibles a tanta necedad, ¿cómo no nos duele tanto derroche?» ([https://www.mercaba.org/DOCTORES/BERNARDO/apologia\\_dirigida\\_al\\_abad\\_guille.htm](https://www.mercaba.org/DOCTORES/BERNARDO/apologia_dirigida_al_abad_guille.htm)).

grande y escamado (como en el ejemplar de la Biblioteca Británica, Harley MS 4751, f. 69r); el avestruz, a menudo, con pezuñas (Kongelige Bibliotek Gl. Kgl. s. 1633 4º, f. 35v); y muchas serpientes con pies y/o alas (Kongelige Bibliotek Gl. Kgl. s. 1633 4º, f. 53r). El artista basaba el diseño de su criatura fundamentalmente en la descripción escrita, o sobre otras ilustraciones o esculturas que había visto. También es cierto que algunos manuscritos simplemente tienen imágenes de poca calidad en las que un animal no se parece mucho a su correlato real, y esto simplemente se debe a su falta de destreza –quizás era el monje con más habilidades plásticas del monasterio, pero no un verdadero genio–. No obstante, la inmensa mayoría de los manuscritos pueden ser considerados como auténticas obras de arte (véase Druce 1919, 41-82), con imágenes excelentes, pigmentos de muy buena calidad e, incluso, con una presencia generosa del oro.

Si ciñéramos el examen a criaturas animales fabulosas como el unicornio, el dragón o el grifo, al ilustrador no le quedaría más remedio que seguir las descripciones o los dibujos que tuviera más a mano (véase Rebold Benton 1992). En el fondo, la cuestión a propósito de si las personas de la Edad Media creyeron que tales criaturas existían es realmente debatible. Para las criaturas fabulosas mencionadas en la Biblia (como unicornios y dragones), el problema era aún más difícil. La razón es evidente: si la Biblia era reconocida como inspirada verdaderamente por Dios, cualquier animal que mencionara debería existir sin ningún género de dudas. Además, los testimonios que aparecen en otros textos considerados como auténticas e incuestionables autoridades de la Edad Antigua, sea Aristóteles o Plinio, señalan que estas bestias existen en oriente o en Etiopía, y, evidentemente, se dan por científicamente admitidas como reales, ya que algunos afirman haberlas visto. En todo caso, todas aquellas bestias mencionadas, existieran o no, eran igualmente apropiadas como vehículos para la enseñanza moral y religiosa, al menos tanto como los animales más comunes de los campos y bosques cercanos (véase van den Abeele 1994). En consecuencia, el bestiario era una fuente de información muy importante para la configuración del saber, para la construcción del sentido sobre el mundo, sobre la vida, sobre el propio ser humano, y, desde luego, sobre Dios. De aquí a las enciclopedias medievales y modernas, por ejemplo, el *De proprietatibus rerum* de Bartholomaeus Anglicus o el *Indiculus universalis* de François Antoine Pompei hay tan solo un paso, y ese paso es el lenguaje, porque todas nuestras construcciones culturales son nada si no existieran como palabras.

## LA ZOOPELIDIA DE COVARRUBIAS

Un enamorado del lenguaje afirmó «las palabras son también acciones» (Wittgenstein 1988, I § 546). No es necesario llegar a Wittgenstein para descubrir lo que Simónides ya había enseñado y practicado.<sup>6</sup> No hay por qué enfrentar la ciencia a la cultura, ni las palabras a los actos. Muchas veces, conscientes o no, hacemos cosas con palabras. Covarrubias vive ese ensueño enciclopédico de aspirar, sintéticamente, a la totalidad del saber, porque más allá de la mera utilidad está el saber mismo, que puede ser enseñado a través de una recta *paideia* fundada en las autoridades clásicas grecolatinas. Ahora bien, cuando hablamos de animales, muchas veces de lo que realmente queremos hablar, sobre todo en este contexto, es de bestias. Pero ¿sabemos lo que es una bestia? Démosle voz ahora al *Tesoro*:

BESTIA. Es nombre genérico que comprehende todos los animales irracionales; del nombre latino *bestia*, *quod etiam de piscibus et de volucris dicitur*. Cicero, 5 *Tuscul.*: «*Namque alias bestias nantes aquarum incolae esse voluit, alias volucres caelo frui libero, serpentes quasdam esse gradientes*». Item, *De amicitia*: «*Quod si haec apparent in bestiis volucris, agrestibus, nantibus*», etc. Esto es de rigor en la lengua latina, pero en la castellana ordinariamente se toma por los animales de cuatro pies corpulentos, de los cuales unos son domésticos, como el asno, el mulo, el caballo, etc., y otros salvajes feroces, como el león, el oso, el elefante, etc. El hebreo le llama *behemah* y por otro nombre *behir*; y de allí pienso que se pudo decir *bechima*, *et corrupte bestia*; o del verbo griego βασιτάω, *porto*, por las bestias que particularmente sufren carga, que casi toda la cuadrúpea la sufre domesticada, como es el elefante, que le ponen encima un castillo con gente de pelea; leones se han uncido a carros y enfrenado y sufrido carga; lo mismo se lee de los ciervos y de otros animales salvajes. Pero los que le dan la etimología *a vastitate*, que habíamos de decir *vestia*, pero la *v* y la *b* se permutan, estos quieren que la bestia, o sea de cuerpo muy grande o que sea cruel, *a verbo vastare, id est, destruere, perdere, diripere, populari*. Bestia, llamamos al hombre que sabe poco, y tiene pensamientos bajos, semejante en su modo de vivir a los brutos.

En esta entrada hay tantos matices, que en realidad nos hablan del conjunto de obras en las que nuestro lexicógrafo ha aprendido todo lo que sabe sobre

6. No debemos olvidar, además, que Suda atribuye a Simónides la invención de cuatro letras del alfabeto griego (omega, eta, xi y psi: ω, η, ξ, ψ).

animales. Si tuviéramos que señalar las fuentes que, con respecto a los animales, constituyen el armazón intelectual de Covarrubias, la lista estaría compuesta sobre todo por autores clásicos: con Aristóteles y Plinio a la cabeza, junto a Cicerón, Eliano, Filóstrato, Horacio, Lucano, Marcial, Ovidio, Pausanias, Persio, Plutarco, Procopio, Solino, Varrón o Virgilio; y muy pocos medievales: Isidoro, el propio *Fisiólogo* o Alberto Magno; además de algunas de las enciclopedias zoológicas del siglo XVI: Conrad Gessner (1551-1555; 1565), Guillaume Rondelet (1554), Ulises Aldrovandi (1613; 1637; 1638; 1642). Todo ello sin olvidar a Dioscórides (1566), al franciscano Diego de Guadix (1593), Ambrosio de Morales (1574), al estudiante salmanticense y catedrático complutense Diego Pérez de Mesa (1595), al jesuita Juan de Mariana (1592), además de los imprescindibles, para cualquier erudito de la época, *Emblemas* de Andrea Alciato (1531; 1550; 2003), los *Commentaria Symbolica* de Ricardo Brixiano (1591), la *Miscellanea* de Angelo Poliziano (1498), los estudios de Giambattista della Porta (1586), los jeroglíficos de Horapolo (1551) y Pierio Valeriano (1575), o los emblemas morales de Juan de Horozco (1591).

En el proyecto intelectual de Covarrubias tanto la vía pedagógica como la vía simbólica son inseparables e insustituibles como en la arquitectónica del *Fisiólogo*. No solo está en su mente atesorar, guardar, clasificar y ordenar palabras, sino poner en valor el propio idioma que es un tesoro a la altura de las lenguas veneradas como custodias del saber y de la ciencia, como guardianas del sentido sobre el mundo y sobre Dios, a la altura, pues, del hebreo, del griego y del latín. Aunque Quevedo llegara a referirse al *Tesoro* como «erudición desaliñada» (1699, 506), no podemos obviar el hecho de que recoger palabras no es sin más emplear una red barreada, sino todo un intento por esclarecer el sentido de la realidad, para lo cual se necesitan, a un tiempo, varias perspectivas conjuntas, como con el correr de la historia nos enseñarían los pintores cubistas.

El propósito del *Tesoro* fallaría sin entrelazar el gusto por la etimología –no importa si estas etimologías nos parecen actualmente, como las de Isidoro, descabelladas o disparatadas–; la necesidad de la exégesis –cuyo peso no solo es fruto de los conocimientos adquiridos en Salamanca, sino porque la Biblia sigue gozando de una *auctoritas* incuestionable, a pesar de las diferencias y los conflictos entre hebraístas y helenistas–;<sup>7</sup> o el contraste con la

---

7. Covarrubias fue testigo ocular de estos conflictos y polémicas entre hebraístas y helenistas. En 1565, año de su incorporación a la Universidad de Salamanca, León de Castro ya trabajaba en sus *Commentaria in Essaiam Prophetam*, que verían la luz en 1570. Este chocaba constantemente

teología.<sup>8</sup> Pero siempre con palabras, en palabras. No dejamos de ser «*zoon logon echon*» (Aristóteles, *Política* 1.2; 1253a). No solo somos el animal que posee palabras (también en el bestiario encontramos loros o mantícoras), también somos el ser que es poseído por ellas. El verdadero *tesoro* solo se encuentra cuando todas estas claves, todas estas llaves se giran *a simultaneo*.<sup>9</sup> Y por lo que respecta a los animales esta obra es mucho más que un Arca de Noé (véase Kircher 1675) en el que se preservan las especies, es también un laboratorio en el que se investiga la naturaleza del ser de las cosas.

Para el caso de la historia animal, el punto de arranque podría ser Plinio, si a Covarrubias no le hubiera interesado más que una mirada simple. Pero en su propósito poliédrico la clave está en hacer pasar toda información posible a través del *Fisiólogo*, que actúa no solo como fuente libresca, sino como *formamentis*.

La zooteca del *Physiologus* medieval cuenta con poco más de cuarenta animales, ya que algunos de los capítulos del bestiario están dedicados a las piedras, es decir, es también un lapidario. Sin embargo, en la zoopedia de Covarrubias encontramos casi doscientos cincuenta animales diferentes. Se podrá decir que tanto en uno como en otro momento de la historia –no perdamos de vista que entre la aparición de ambos textos pasan más de mil años– se conocía un número mucho mayor de especies, y es verdad; pero tal vez las recogidas tanto por el naturalista como por el lexicógrafo pretenden ser aquellas que resultan más significativas. El objetivo, sin duda, es proporcionar un conocimiento profundo de la realidad zoológica natural, pero quizá el criterio

---

con fray Luis de León, al que acusaba de hebraizante, al igual que a todos aquellos que se apoyaban en las biblias hebraicas que, a su juicio, estaban corrompidas textualmente por los rabinos. Aún más, en 1571, estando nuestro Covarrubias todavía estudiando en Salamanca, León de Castro denuncia al catedrático fray Luis y a dos de sus colaboradores, Gaspar Grajal y Martín Martínez Cantalapiedra, ante la Inquisición. El resultado: cinco años de prisión para el agustino... Este tipo de denuncias llegaron a afectar a otro de los maestros salmanticenses de nuestro Covarrubias: Arias Montano se vio inmerso en un proceso inquisitorial entre 1576 y 1580.

8. La teología a comienzos del s. XVII continúa siendo en España una ciencia no particular, sino paradigmática, estructural. Las creencias enmarcan el saber de la época, y todo –el ser del hombre, del mundo...– ha de tener una explicación teológica. La presencia de lo teológico no es, por tanto, un rasgo individual de quien es, además de lexicógrafo, canónigo, sino todo un presupuesto intelectual. Tanto los herejes (luteranos, calvinistas, *morisma*...) como los hitos de la ortodoxia aparecen extensamente a lo largo de las páginas de *Tesoro* y del *Suplemento*; además el caso de los judíos resulta especialmente iluminador sobre las intenciones de Covarrubias (véase los siete folios de la voz «Judío» del *Suplemento*, cuya extensión es muy superior con respecto a la entrada original del *Tesoro*).
9. En este sentido abunda Dominique Reyre (2006), remarcando la importancia de los diferentes perfiles que conforman la imagen profunda del *Tesoro*: etimológico, exegetico, teológico, enciclopédico; véase también Galván (2024) para un análisis semiótico de esas facetas.

metodológico de selección, tanto en uno como en otro caso, sea su peculiar relación con el ser humano. Es incuestionable que en el transcurso de esos más de mil años, la humanidad amplió sus horizontes bajo todos los puntos de vista: incluso algunos se encontraron con un Nuevo Mundo, por cierto, repleto de nuevas especies botánicas y animales.

El inventario del *Fisiólogo* es bien conocido: *león, autolopo, sierra marina, caradrio, pelicano, búho, águila, ave fénix, epopo, onagro, víbora, serpiente, hormiga, sirena, onocentauro, erizo, ibis, zorra, paloma, elefante, dorkón, simio, garza, pante- ra, cetáceo, perdiz, buitre, mirmecoleón, comadreja, monoceros, castor, hiena, niluo, equinemón, cornejilla, tórtola, golondrina, ciervo, rana, salamandra, lagarto*. En la versión de Gonzalo Ponce de León que maneja Covarrubias los capítulos son veinticinco, pero los animales no superan la veintena.

Los materiales de base de Covarrubias son mucho más amplios. Podríamos atrevernos a dividirlos, con criterios más cercanos a nuestros tiempos, señalando las diferencias entre mamíferos, aves, reptiles, anfibios, peces e invertebrados y, finalmente, fantásticos. Así tenemos:

- a) Casi ochenta mamíferos: acémila, alce, armiño, asno, bada (rinoceronte), ballena, becerro, bisonte, buey, búfalo, burra, caballo, cabra, camello, castor, cebra, ciervo, cochino, comadreja, conejo, delfín, dromedario, elefante, erizo, espín puerco, foca, fuina, galgo, gamuza, garañón, garduña, gato, gazapo, ginetá, haca, harda (ardilla), hiena, hipopótamo, hurón, jabalí, jumento, lebre, león, liebre, lince, lirón, lobo, marta, mastín, mono, morueco, mulo, murciélago, murgaño, novillo, nutria, orca, oso, oveja, perro, podenco, pollino, potro, puerco, raposa, ratón, rinoceronte, rocín, tejón, ternero, toa, topo, toro, turón, vaca, varraco, venado, vulpeja, zurra (zorra).
- b) Algo más de sesenta aves: abejoruco, abubilla, águila, alcaraván, alcaudón, alcotán, alfaneque, alondra, ánade, ánsar, autillo, avestruz, avión, avutarda, azor, baharí, buitre, búho, calamón, cerceta, cernícalo, chuchó, cigüena, cisne, clueca, codorniz, corneja, cuclillo, cuervo, estornino, faisán, falcón, flamenco, francolín, gallina, gallo, ganso, garza, gavián, gaviota, girifalte, golondrina, gorrión, grajo, grulla, halcón, hurraca (urraca), ibis, lechuza, mirla, mochuelo, paloma, papagayo, pavo, perdiz, pito, pollo, ruiseñor, sacre, tordo, tórtola, vencejo, zorzal.
- c) Más de una docena entre reptiles y anfibios: áspide, caimán, camaleón, cocodrilo, culebra, estelió, galápago, lagarto, rana, renacuajo, salamandra, sapo, serpiente, tortuga, víbora.

- d) Treinta y cuatro peces: abadejo, acedia, aleche, anchova, anguilla, arenque, atún, barbo, bermejuela, besugo, carpa, cazón, cefalo, congrio, dorada, gobio, lamprea, lampuga, lenguado, lija, merluza, mero, murena, rodaballo, sáballo, saboga, salmón, salpa, sardina, sargo, sollo, tiburón, toñina, trucha.
- e) El número de invertebrados supera los cuarenta: abeja, alacrán, almeja, araña, avispa, calamar, camarón, cangrejo, caracol, centolla, chinche, cientopíes, cigarra, cucaracha, escarabajo, escolopendra, escorpión, esponja, gámbaro, garrapata, gorgojo, grillo, gusano, hormiga, jibia, langosta, langostín, lombriz, luciérnaga, mosca, moscarda, mosquito, oruga, piojo, polilla, pulga, pulpo, sabandija, tábano, tarántula, zángano.
- f) Y, por último, también se recogen una quincena de animales fantásticos: basilisco, cancerbero, catoblepas, cerbero, cinocéfaló, dragón, esfinge, fénix, grifo, harpía, hidra, lamia, pegaso, quimera, unicornio.

Todo este panorama nos presenta un mundo lleno de vida, repleto de sentido, en el que las meras palabras son capaces de acoger y, a un tiempo, desvelar un universo completo, una realidad que no necesita ser vista para ser comprendida, vivida o experimentada. Por eso, tal vez lo mejor, ahora, sería escuchar las propias voces de los animales, no las que emiten sus gargantas, sino las que resuenan y han resonado a lo largo de la historia en los ojos de los lectores de ambos textos, el *Fisiólogo* y el *Tesoro*.

#### EL PODER DEL *EXEMPLUM*: LA ABEJA

Como nos encontramos ante una labor casi divina y admirable, tanto por su calado como por su cuidado, hemos decidido seleccionar, entre todos los animales posibles, uno más bien diminuto, pero cuya naturaleza es vigorosa y su espíritu entregado y generoso, a la altura de esta arquitectura textual faraónica que es el *Tesoro*: la abeja. Esta, desde antiguo, fue símbolo del alma (véase Ciccicarese 2005, 89-107), y podemos encontrar su representación en tumbas, estatuas, efigies como una imagen de la confianza en lo inmortal, en aquello que no muere (Cattabiani 2000, 55). Es más, hasta los propios faraones egipcios que ostentaban el título de Rey del Alto y Bajo Egipto asociaban su propio poder omnímodo al poder de la abeja (Schneider 1993, 166-81).

El texto sobre este animal atribuido a san Epifanio es muy breve, directo y, a su vez, muy sinérgico, pues esas escasas palabras se nutren de lo más gra-

nado de la historia antigua griega –sus zumbidos resuenan ya en el mismo Heródoto (*Historia* III, 38)–; también de la historia natural romana –Plinio en diversos momentos se refiere a ella–; de los conocimientos del romano que escribía en griego su historia de los animales (véase Eliano, *Historia de los animales* I, 10-11; v, 10-13); de las mismísimas *Geórgicas* virgilianas (véase IV, 281-314); sin olvidar las formulaciones de Isidoro o de Ambrosio (véase *Exameron libri sex* 5.21; PL 14, 233-36). Así sentencia el *Fisiólogo*:

Dijo el sabio: pequeña entre las aves es la abeja, pero su fruto es el origen de la dulzura.

#### INTERPRETACIÓN

Igualmente las obras divinas son incompresibles para los hombres y admirables en los cielos, más dulces que la miel y el panal y todo lo creado. (FSE 113)

A continuación, las *Notae* o comentarios que siguen a la imagen y al breve texto nos recuerdan aspectos de extrema relevancia: organización social, templanza, laboriosidad y castidad. En primer lugar, se destaca la complejidad de la vida comunitaria –no olvidemos que el propio Aristóteles en el capítulo 2 del libro I de su *Política* (1253a) atribuye a las abejas, además de a los seres humanos, esa condición de animales políticos–,<sup>10</sup> conformando una organización muy bien ordenada y jerárquica que se presta a una hermenéutica que justificaría las bondades de un sistema bajo el régimen de una monarquía. En este punto Covarrubias se apoya también en las palabras de Eliano cuando éste afirma que

compete al rey de las abejas ocuparse del buen orden de la colmena de la manera siguiente: a unas les manda acarrear agua, a otras construir las celdillas de cera y a una tercera parte ir por alimento. Pero, después, cambian sus tareas con intervalos de tiempo muy bien calculados. [...] Ahora bien, mientras el rey vive, el enjambre se mantiene boyante, todo desorden está ausente [...]. Faltas de gobernantes, las abejas finalmente perecen. (*Historia de los animales* v, 11)

Si continuáramos leyendo ese mismo capítulo 11 de la *Historia de los animales*, resultarían evidentes los rasgos por los que se considera a la abeja un ser ejem-

10. Además, este aspecto de la organización social se encuentra tratado por Aristóteles (véase Thompson 1910, vol. 5, 553-54).

plar, de vida pura, que ni siquiera toca el alimento animal, ya que se nutre de flores; a lo que añade una especial templanza, pues aborrece todo lujo y la mollicie; persigue al hombre perfumado y hasta es capaz de conocer a aquellos que gustan de compañías deshonestas y los considera enemigos suyos. Su valor en digno de mención. Son seres intrépidos que no huyen de nadie y su sabiduría es previsoras: no solo realizan bellas construcciones sin necesidad de instrumentos, sino que además son capaces de predecir las lluvias.

Su laboriosidad siempre ha sido destacada por poetas y filósofos. El propio Eliano nos recuerda que «jamás verás una abeja ociosa, como no sea en la estación invernal, en la que sus miembros están entumecidos» (*Historia de los animales* v, 12).

Pero esa dulzura que caracteriza su fruto es símbolo de otra de sus mayores virtudes: la castidad. Ya san Agustín en *De civitate Dei* (xv, 27, 4) menciona la castidad de las abejas, que nacen sin apareamiento. Sin duda este aspecto no deja de llamar la atención. Su modo de reproducción fue un enigma durante mucho tiempo. Hoy sabemos que la única hembra fecundada es la reina. En los tiempos de Covarrubias se creía que la abeja se reproducía sin realizar acción alguna con el macho, por eso se le atribuyó ser símbolo de pureza. Uno de los clásicos que extendió esta creencia fue Virgilio –en quien también se apoya, por cierto, Isidoro en sus *Etymologiae* (12.8.1-4)– ya que en sus *Geórgicas* señala que este animal no se entrega a la lujuria (iv, 197-99). Incluso Columella va más allá en *De re rustica* (ii, 9, 14) pues exige también castidad a quien trata con ellas, es decir, al colmenero: el apicultor debe ser casto para poder tratar con ellas sin riesgo alguno.

Si acudimos a la entrada del *Tesoro*, vemos cómo todos estos matices están presentes, por lo que queda patente la extraordinaria riqueza simbólica de este pequeño-gran animal:

Da ocasión este animalito a muchos y diversos discursos, considerando su industria, su sagacidad, su gobierno, su limpieza, su elección en el coger de las flores, su artificio en el aderezar la colmena, hacer sus celdas sexángulas, en la continuación del trabajo y la unión, paz y concordia de su república, la clemencia de su rey, que no tiene aguijón, el no admitir más que a solo uno.

Para concluir se apoya en Virgilio, sin omitir la Biblia:

Y para concluir con las particularidades de la abeja, por no ser largo, referiré tan solamente los versos de Virgilio en que explica el orden que tie-

nen en su vida y ejercicio, que es un dibujo de la república bien ordenada y compuesta, en razón de la cual el Sabio, *Proverbiorum*, cap. 6, nos remite a ella con estas palabras: «Vade ad apem, et discite ab ea quam laboriosa sit operatrix». Y los versos de Virgilio son los que se siguen, hablando de las abejas:

*Namque aliae victu vigilant et foedere pacto  
Exercentur agris; pars intra saepta domorum  
Narcissi lacrimam et lentum de cortice glutem  
Prima favis ponunt fundamina, deinde tenaces  
Suspendunt ceras; aliae spem gentis adultos  
Educunt fetus; aliae purissima mella  
Stipant et liquido distendunt nectare cellas;  
Sunt quibus ad portas cecidit custodia sorti  
Inque vicem speculantur aquas et nubila caeli,  
Aut onera accipiunt venientum, aut agmine facto  
Ignavum fucos pecus a praesepibus arcent:  
Fervet opus, redolentque thymo fragrantia mella.*

No obstante, más allá de su carácter modélico desde un punto de vista sociopolítico, incluso más allá de su laboriosidad, Covarrubias pone todo su acento en destacar que la abeja es símbolo de la castidad. El lexicógrafo lo ha aprendido en Platón, en Píndaro, en san Ambrosio, en Plutarco o, una vez más, en los versos de Virgilio, y lo ha visto ejemplificado en las vidas de Dionisio o Hierón y hasta en la terrible cabeza del rey de Cipro, Onesilo...

Símbolo es también de la castidad, porque no se engendra de ayuntamiento de macho y hembra, y no por eso son menos fecundas. A Platón y a Píndaro pronosticaron las abejas, por haberse sentado sobre sus bocas siendo niños, la dulzura de sus letras y facundia; y más cierto al bienaventurado san Ambrosio, como nos lo dice la leyenda de su vida. Indicio fue cierto del reino, a Dionisio, ver a su caballo que venía relinchando y traía sobre su clin una enjambre de abejas. Lo mismo sucedió a Hierón, a quien su padre, por haberle habido en una esclava, a fin que no escureciese su linaje, le mandó echar en un desierto, adonde un enjambre de abejas le sustentó con su miel; lo cual sabido por su padre, y consultado el oráculo, le volvió a recoger y fue digno de sucederle en el reino. Los amatusios habían colgado sobre la puerta de su ciudad la cabeza de Onesilo, rey de Cipro, por ignominia y afrenta; un enjambre de

abejas se asentó sobre ella y la cubrió toda de miel, la cual dicen conservar los cuerpos de corrupción, y visto por los ciudadanos este prodigio, sepultaron esta cabeza, consultados sus oráculos, instituyéndole a Onesilo en cada un año fiestas y sacrificios, como a semidiós y héroe. Por el abeja es sinificada la limpieza y castidad, en testimonio de lo cual dice Plutarco que a cualquiera hombre que de próximo ha tenido acceso y ayuntamiento con mujer, si encuentran con él las abejas, le maltratan más que a otro y a las mujeres que han conocido varón más que a las doncellas, a quien ellas semejan, según lo que dijo Virgilio:

*Illum adeo placuisse apibus miravere morem.  
 Quod nec concubitu indulgent, nec corpora segnes  
 In Venerem solvunt, aut fetus nixibus edunt:  
 Verum ipsae e foliis natos et suavibus herbis  
 Ore legunt.*

No resulta difícil tampoco advertir la presencia de muchos de los datos ofrecidos por Bartholomaeus Anglicus en su *De proprietatibus rerum* (libro 12; véase Seymour y otros 1992), escrito a mediados del siglo XIII (poco antes de 1260, probablemente entre 1242 y 1247). Esta obra es, sin lugar a dudas, una de las tres grandes enciclopedias de la Edad Media, junto con el *Liber de rerum de natura* de Thomas Cantimpratensis y *Speculum maius (quadruplex)* de Vincent de Beauvais.

#### A MODO DE CONCLUSIÓN: HABITAR UNA REALIDAD FANTÁSTICA

Nuestro recorrido llega a su fin, pero no quiere conformarse con una conclusión al uso sobre la importancia del animal para el ser humano, como si aquel fuera una simple marioneta que este maneja a su antojo. Nos gustaría recordar que el trabajo de Covarrubias tiene algo de mágico, igual que el famoso anillo del rey Salomón. Seguro que recuerdan aquella conocida leyenda que relata cómo el rey Salomón podía entender y hasta hablar el lenguaje de los animales, gracias a un anillo mágico que poseía.

Tal vez las palabras son un tesoro en el que atrapamos, desde tiempos remotos, esa experiencia, esa admiración, esa fascinación por lo animal, por el animal: lo hemos admirado, envidiado, reverenciado, adorado, sacrificado... Hemos visto en él lo otro de nosotros mismos, la paradoja de nuestra identidad en lo diferente, y hemos plasmado en él todos nuestros anhelos y deseos más íntimos; también nuestras frustraciones, y nuestros valores y contravalores.

La historia del hombre ha corrido paralela, cuando no entrecruzada, con la del animal. A día de hoy somos capaces de objetivarlo para pensar sobre él, para conocerlo, para intentar desentrañar no solo su naturaleza y su condición, sino sobre todo para poder esclarecer, más allá de nuestros propios orígenes, el descubrimiento de un reino, quizás, el origen mismo de la vida...

Si la historia de los animales es, en buena medida, nuestra propia historia, esa en la que compartimos un escenario común, un hábitat que nos implica y que nos explica, entonces deberíamos ser conscientes de que contar la historia de los animales es retroceder en el tiempo e iniciar la búsqueda de la aparición de las especies, desde los primeros organismos microscópicos vivientes, que surgieron en los océanos primitivos, hasta la prodigiosa diversidad del reino animal que conocemos en la actualidad. Contar la historia de los animales es también contar la de los hombres. Porque si los animales tienen una vida, un pasado y una historia que les pertenecen, han tenido que verse también incluidos en la aventura de los humanos, que jamás hemos podido vivir sin ellos. Esta convergencia ha revestido una capital importancia en la historia de la humanidad, porque ha contribuido al nacimiento de las primeras civilizaciones y marcado profundamente la imaginación de los hombres.

Nuestra civilización, como todas, comienza por establecer un relato de su propio origen, una cosmogonía que trasciende los propósitos de la física con el fin de dar sentido al mundo de la vida. Ciencia natural, mitología, teología, filosofía, lingüística, lexicografía, estética..., sea cual sea el punto de partida, la presencia del animal es siempre un referente, un horizonte de comprensión y de explicación. En la observación del mundo, los animales han jugado, para el hombre, el papel de ser instrumentos simbólicos, para llegar a dotar a ese mundo de un sentido, para esclarecer sus enigmas y sus misterios. En la representación del mundo, los animales son la primera huella plástica que intenta acceder al significado de las cosas y del entorno. En esta historia cultural, que no tiene fin, podemos seguir preguntándonos: ¿qué saben los filósofos y los artistas de los animales?, ¿qué saben de cómo aparecieron y evolucionaron?, ¿qué respuesta pueden dar de cómo los hombres se relacionaron con ellos?

Nuestro objetivo no ha sido recrear una historia natural de los animales, sino más bien, repensar con palabras, porque no podemos hacerlo de otro modo, la historia cultural de los animales en relación con los hombres. Temporalidad, imaginación, enigma, convicción... son eslabones que han ido desgranando y perfilando un modo humano de ser en el mundo, pero, inevitablemente, de la mano de las bestias. A lo mejor los bestiarios nos parecen un territorio

indómito; a lo mejor los zoológicos nos parecen una mera prueba del poder domesticador del ser humano; a lo mejor si vemos una zooteca en un museo nos parece que la vida se ha disecado y que ya no vale la pena; pero, a lo mejor, si nos embarcamos en una zoopedia nos convertimos en aventureros, aunque sea de papel, en personas comprometidas con el saber universal, y dejamos de ser, aunque sea por un instante, charlatanes que dan lecciones y nos convertimos en seres poseídos por la palabra que sueñan con desvelar el sentido de la vida.

En todo caso, como nuestro tema es también, como el propio *Tesoro*, un propósito infinito e inacabable, hago más, para poner punto final –aunque debería ser seguido, pues solo me he referido a un animal y además diminuto–, hago más digo, las palabras con las que el mismo Covarrubias manifestaba su conciencia cierta y su angustia de no poder terminar jamás su obra: «atemorizado con la multitud de cosas a que había de acudir, desconfiando pudiera llegar al fin y cumplimiento de esta obra, fui atrancando mucho de lo que había de decir» (s.v. FERNANDO 893-94).

#### OBRAS CITADAS

- Agustín de Hipona. 1988. *De civitate Dei*. Madrid: BAC.
- Alciato, Andrea. 1531. *Emblematum Liber*. Augsburgo: Steiner.
- Alciato, Andrea. 1550. *Emblemata*. Lion: Rouille-Bonhomme.
- Alciato, Andrea. 2003. *Los emblemas de Alciato en rimas castellanas*, ed. Rafael Zafra. Palma de Mallorca: Olañeta.
- Aldrovandi, Ulisse. 1613. *De piscibus libri v et De cetis lib. [...]*. Bolonia: Bellagamba.
- Aldrovandi, Ulisse. 1637. *De quadrupedibus digitatis viviparis libri tres et de quadrupedibus digitatis oviparis libri duo*. Bolonia: M. Antonio Bernia.
- Aldrovandi, Ulisse. 1638. *De animalibus insectis libri septem [...]*. Bolonia: Clemente Ferroni.
- Aldrovandi, Ulisse. 1642. *Monstrorum historia, cum Paralipomenis historiae omnium animalium*. Bolonia: Tebaldini-Berniae.
- Ambrosio de Milán. 1845. «*Exameron libri sex*», *Opera omnia*, vol. 1, 123-274. PL 14. Paris: Migne.
- Aristóteles. 1988. *Política*. Madrid: Gredos.
- Bartholomaeus Anglicus. 1975-1988. *On the Properties of Things: John Trevisa's Translation of Bartholomaeus Anglicus De proprietatibus rerum: A Critical Text*, eds. Michael C. Seymour y Gabriel M. Liegey. Oxford: Clarendon Press.

- Beauvais, Vincent de. 1965. *Speculum majus: Bibliotheca Mundi Vincentii Burgundi [...] Speculum quadruplex, Naturale, Doctrinale, Morale, Historiale (1244), Douai, 1624*. Graz: Akademische Druck- u. Verlagsanstalt.
- Brixiano, Ricardo. 1591. *Commentaria Symbolica in duos tomos distributa*. Venecia: Francesco Franceschi.
- Cantimpratensis, Thomas. 1973. *Liber de natura rerum: editio princeps secundum codices manuscriptos*. Berlin: W. De Gruyter.
- Cattabiani, Alfredo. 2000. *Volario*. Milano: Mondadori.
- Ciccarese, Maria Pia, ed. 2005. *Animali Simbolici alle origini del bestiario cristiano*. Vol. 1. Bologna: EDB.
- Cirlot, Juan Eduardo. 1997. *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Siruela.
- Columella, Lucius Iunius Moderatus. 1954. *On Agriculture, vol. 2, books 5-9*, trads. E. S. Forster y Edward H. Heffner. Cambridge: Harvard UP.
- Covarrubias Horozco, Sebastián. 2006. *Tesoro de la lengua castellana o española*, eds. Ignacio Arellano y Rafael Zafra. Madrid: Iberoamericana.
- Dioscórides, Pedacio. 1566. *Acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos*, ed. Andrés Laguna. Salamanca: Matías Gast.
- Druce, George Claridge. 1919. «The Medieval Bestiaries, and their Influence on Ecclesiastical Decorative Art». *Journal of the British Archaeological Association* 25(1): 41-82. <https://doi.org/10.1080/00681288.1919.11894541>.
- Eliano, Claudio. 1984. *Historia de los animales: libros 1-8*, ed. José M.<sup>a</sup> Díaz-Regañón López. Madrid: Gredos.
- French, Roger K., y Andrew Cunningham. 1996. *Before Science: The Invention of the Friars' Natural Philosophy*. Aldershot: Scolar Press.
- FSE: Sebastián, Santiago, ed. 1986. *El Fisiólogo: atribuido a san Epifanio*. Madrid: Ediciones Tuero.
- Galván, Luis. 2024. «Significación e interpretación, o cómo inventar el lenguaje». En *Entorno a Covarrubias*, eds. Ángel Luis Luján Atienza y Rafael Zafra Molina, 82-142. Palma de Mallorca: Olañeta.
- Gesner, Konrad. 1551-1555. *Historiae animalium lib. I-III*. Zurich: Christoph Froschauer.
- Gesner, Konrad. 1565. *De rerum fossilium Lapidum & Gemmarum*. Zurich: Jacobo Gesner.
- Guadix, Diego de. 1593. *Primera parte de una recopilación de algunos nombres arábigos que los árabes (en España, Francia e Italia) pusieron a algunas ciudades y a otras muchas cosas que se podrán ver a la vuelta desta hoja*. Sevilla: Ms. de la Biblioteca Colombina.

- Henkel, Nikolaus. 1976. *Studien zum Physiologus im Mittelalter*. Berlin/Boston: Max Niemeyer.
- Heródoto. 1987. *Historia*. Madrid: Gredos.
- Horapolo. 1551. *Hieroglyphica*. Paris: Jacob Kerver.
- Horozco y Covarrubias, Juan de. 1591. *Emblemas morales*. Segovia: Juan de la Cuesta.
- Isidoro de Sevilla. 2018. *Etimologías*, eds. José Oroz Reta y Manuel Antonio Marcos Casquero. Madrid: BAC.
- Kircher, Athanasius. 1675. *Arca Noe*. Amsterdam: Jansson-Waesberg.
- Malaxecheverría, Ignacio. 2000. *Bestiario medieval*. Madrid: Siruela.
- Mariana, Juan de, s. J. 1592. *Historia de rebus Hispaniae*. Toledo: Typis Petri Roderici.
- Morales, Ambrosio de. 1574. *Crónica general de España*. Alcalá de Henares: Juan Íñiguez de Lequerica.
- Morgado García, Arturo. 2011. «La visión del mundo animal en la España del siglo XVII: el Bestiario de Covarrubias». *Cuadernos de Historia Moderna* 36: 68-72.
- Muratova, Xenia. 1984. «Problèmes de l'origine et des sources des cycles d'illustrations des manuscrits des bestiaires». In *Épopée animale, fable, fabliau (Actes du IVe Colloque de la Société Internationale Renardienne, Evreux, 1981)*, eds. Gabriel Bianciotto et Michel Salvat, 383-408. Cahiers d'études médiévales, 2-3. Paris: Publications de l'Université de Rouen.
- Nicot, Jean. 1601. *Trésor de la langue françoise*. Paris: David Douceur.
- Pallet, Jean. 1604. *Diccionario muy copioso de la lengua española y francesa*. Paris: Mathieu Guillemot.
- Pérez de Mesa, Diego. 1595. *Primera y Segunda parte de las grandezas y cosas notables de España: compuesta primeramente por el Maestro Pedro de Medina vecino de Sevilla y agora nuevamente corregida y muy ampliada por Diego Pérez de Mesa, catedrático de Matemáticas de la Universidad de Alcalá*. Alcalá de Henares: Juan Gracián.
- Piñero Moral, Ricardo. 2003. «El bestiario medieval: del animal divino al animal humano». *El Basilisco* 33: 41-46.
- PL = *Patrologia Latina*, ed. Jacques-Paul Migne. 1844-1865. Paris.
- Poliziano, Angelo. 1498. *Omnia Opera*. Venice: Aldus Mantuius.
- Ponce de León, Gonzalo, ed. y trad. 1587. *Sancti patris nostri Epiphanií episcopi Constantiæ Cypri ad Physiologum eiusdem in die festo palmarum sermo*. Roma: apud Zannettum & Ruffinellum.

- Porta, Giambattista della. 1586. *De humana physiognomonia libri IIII*. Vici Aequensis: Apud Josephum Cacchium.
- Quevedo, Francisco de. 1699. *Cuento de cuentos*. En *Obras de Francisco de Quevedo Villegas*, vol. 1, 506-13. Amberes: Henrico y Cornelio Verdussen.
- Rebold Benton, Janetta. 1992. *The Medieval Menagerie: Animals in the Art of the Middle Ages*. New York: Abbeville.
- Reyre, Dominique. 2006. «Prólogo segundo: las llaves del *Tesoro* de Covarrubias». En Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, eds. Ignacio Arellano y Rafael Zafra, xlv-lxvi. Madrid: Iberoamericana/Frankfurt am Main: Vervuert.
- Rondelecio, Guillermo. 1554. *Libri de piscibus marinis: in quibus verae piscium effigies expressae sunt [...]*. Lion: Matias Bonhomme.
- Scaliger, Joseph. 1606. *Thesaurus temporum [...]*. Lugduni Batavorum: Thomas Basson.
- Schneider, Thomas. 1993. «Zur Etymologie der Bezeichnung “König von Ober- und Unterägypten”». *Zeitschrift für ägyptische Sprache und Altertumskunde* 120: 166-81.
- Seymour, Michael C., y otros. 1992. *Bartholomaeus Anglicus and his Encyclopedia*. Brookfield: Ashgate.
- Thompson, D’Arcy Wentworth, ed. 1910. Aristóteles. *Historia animalium*. Oxford: Clarendon Press.
- Valeriano, Giovanni Pierio. 1575. *Hieroglyphica*. Basilea: Th. Guarino.
- Van den Abeele, Baudouin. 1994. «Bestiaires encyclopédiques moralisés: Quelques succédanés de Thomas de Cantimpré et de Barthélemy l’Anglais». *Reimardus* 7(1): 209-28. <https://doi.org/10.1075/rein.7.15van>.
- Virgilio. 2013. *Bucolica et Georgica*, eds. Silvia Ottaviano & Gian Biagio Conte. Berlin/Boston: De Gruyter.
- Wittgenstein, Ludwig. 1988. *Investigaciones filosóficas*, trads. Alfonso García Suárez y Carlos Ulises Moulines. Barcelona: Crítica.